

debía ser sino Grant?—«Podría usted ir—le decía Romero—como ciudadano de los Estados Unidos ó como ciudadano mejicano.» Grant ya había expresado deseos de que se le hiciera este ofrecimiento, y para dar á entender cuán vivas eran sus simpatías, dijo que desde que Banks emprendió su primera expedición á Tejas, le había manifestado que él, en su lugar, pasaría la frontera con fuerzas y elementos de guerra, para ponerse á las órdenes de Juárez. Grant no necesitaba tanto para exaltar á Romero, el cual tomó el asunto con una actividad superior á la que de ordinario ponía en el cumplimiento de su encargo.

¶ Las instrucciones á que debía sujetarse el ministro Romero fueron extendidas en Chihuahua á fines de marzo. Las condiciones que debía llenar un ejército auxiliar norteamericano eran que se formase con aprobación del Gobierno de aquel país, y que, además, se garantizase al de la República Mejicana contra los atentados que pudiesen cometer los auxiliares, ya en detrimento de la integridad del territorio, ya en el de las instituciones. Si el Gobierno de los Estados Unidos enviaba al ejército auxiliar, debía hacerse esto mediante un pacto explícito. Si sólo se limitaba á tolerar la organización de las fuerzas, había que agregar á la garantía expresa ó puramente moral del Gobierno de los Estados Unidos, un pacto bien ajustado con el Jefe de la expedición, en el que se estipularía precisamente que el ejército auxiliar estaría sujeto á las leyes mejicanas y á las órdenes del Gobierno de la República, el cual premiaría á oficiales y soldados dándoles concesiones de tierras de acuerdo con la ley del 11 de agosto de 1864, y á los jefes superiores con recompensas en numerario de cien mil pesos para el que mandase la expedición, de treinta mil para cada uno de los generales de división y de veinte mil para cada uno de los de brigada. Quedaría á elección de los expedicionarios adquirir la nacionalidad mejicana ó conservar la propia, si el Gobierno de su patria les daba permiso para venir.

¶ Con estas autorizaciones en su archivo, Romero se dedicó, con una intrepidez de ilusión que maravilla, á proseguir el desarrollo de sus planes, que se apoyaban en el absurdo de que un Presidente de los Estados Unidos puede impunemente conspirar contra su secretario de Estado y contra el sistema congresional. Romero creía que, llevado de la mano por Grant al despacho de Johnson, podría desbaratar la política del Gabinete y de las comisiones que tenían á su cargo los negocios del exterior. El resultado fué una circular sobre etiqueta en la que Seward le reprendía diplomáticamente por su conducta irregular. Luego vino la intervención del secretario de Estado cuando se cansó de los manejos de Romero, para poner fin á ellos bruscamente. Por lo demás, Grant, padrino de Romero, era la única persona de su categoría é influencia que seguía el impulso irreflexivo de la muchedumbre, dominada por agitadores irresponsables. Las clases directoras inspiraban y, por lo mismo, apoyaban la política de Seward, política de calma, pacífica á toda costa. Con Grant estaba Johnson, hombre vulgar, llevado á la presidencia por la mano torpe del asesino de Lincoln; pero ante su partido, nada era el Presidente junto á Seward; ante los hombres de gobierno, era menos aún. No obstante sus facultades constitucionales, Seward se le imponía como una fuerza de la naturaleza que él no comprendía, pero que aca-

taba. Romero estaba, pues, como le sucedía frecuentemente, en un dorado ensueño al creer que Seward podía salir del Gabinete si se oponía á los planes de Johnson.

¶ Extralimitando sus facultades, hizo Romero un pacto con el general Schofield para que se encargase del mando de la proyectada, ó más bien soñada expedición. Había dos insuperables obstáculos para que se llevase á efecto el convenio con Schofield : uno estaba en Wall Street, y el otro en el gabinete de Seward. Los financieros de Nueva York no dieron recursos, y el secretario de Estado intervino, como se ha dicho, para poner fin á los manejos del ministro Romero. Fingiéndose estar de acuerdo con el envío de la expedición, desvió á Schofield del proyecto, encomendándole una misión confidencial en Francia, que llenó de alegría el alma infantil del buen soldado. Schofield no dudaba que se tratase de evitar su marcha á Méjico, pero esto mismo, sumado á su ascenso en el ejército, le dió una gran satisfacción de orgullo personal. Iba como mensajero del gran Seward á determinar la paz ó la guerra con sus informes y con las negociaciones confidenciales que abriese en París. Resuelta la paz, él tendría una parte del mérito de haberla afianzado, y su renombre como estadista igualaría al que había conquistado como militar. Si se decidía la guerra, la conduciría gloriosamente como jefe, llevando á sus órdenes al ilustre sudista Johnston.

¶ Seward jugó por algunos meses con el presidente Johnson, con Grant, con Schofield y con Romero. Pasaba el tiempo, acababa el año, y su política de contemporización seguía una marcha tranquila, sin estorbos. ¿Qué esperaba? ¿Acaso la salida de Juárez para el extranjero, la extinción de su gobierno y con esto el afianzamiento de Maximiliano que determinaría la desocupación de Méjico por los franceses? Este desenlace no le desagradaba, como más violento que el del cansancio de Napoleón y la necesidad en que por fuerza había de verse de llamar á Bazaine con todo el cuerpo expedicionario.

¶ Llegamos á 1866 y aun era materia de cavilaciones conjeturales si Washington reivindicaría la doctrina de Monroe. ¿No se anticiparía Napoleón decidiendo por sí solo la retirada de sus tropas?

على من

¶ La llegada de Schofield á París causó cierta emoción. El general, prudentemente, dejó pasar el tiempo sin presentarse á Napoleón y aguardó una oportunidad para verle. Mr. Bigelow informó desde luego al general que la retirada estaba decidida. «Puedo decir sin vacilar, escribía Schofield en una carta del 10 de enero á nuestro ministro, que hemos llegado á un punto en que es imposible dudar que Napoleón tiene resuelta definitivamente la retirada de las fuerzas que operan en Méjico y abandonar cualquier proyecto que haya habido de mantener una influencia permanente en América, á lo menos por ahora.» Mr. Webb, ministro de los Estados Unidos en el Brasil, acababa de tener una

conversación íntima con el emperador Napoleón, durante la cual éste le había dicho que, desvanecido el engaño que sufrió sobre los asuntos de Méjico, no deseaba sino salirse cuanto antes de aquel berenjenal.

¶ Y decían verdades incontrovertibles el general Schofield y el diplomático Webb. Hasta los más renuentes aguardaban en los Estados Unidos el próximo mensaje imperial con el anuncio del fin de la expedición mejicana. Entretanto, convenía no menear el agua y dejar al Emperador en su excelente disposición, que podía alterarse si se daba curso á alguna de las resoluciones antifrancesas que se habían presentado á las Cámaras. Mr. Sumner era inflexible en esto.

¶ Un hombre que conocía todas las intimidades de la cuestión mejicana en las Tullerías, M. Corta, dijo á un corresponsal anónimo, que bien pudiera ser el periodista Masseras, con fecha 29 de enero: «Al llegar aquí (escribía de París), he encontrado lo blanco negro en las disposiciones referentes á Maximiliano. Obligada por la fuerza de la opinión, la mano de Francia va á retirarse. El envío de M. Saillard tiene por objeto notificar la retirada.» M. Corta habla del peso de la opinión; pero M. Masseras, comentando sus palabras, dice que YA VEÍAN CLARO EN PARÍS. Efectivamente, Napoleón había dicho desde el mes de noviembre: «Es necesario que tome una resolución enérgica, porque no podemos permanecer indefinidamente en un estado de incertidumbre que paraliza todos los progresos y aumenta las cargas de Francia. Voy á reflexionar maduramente sobre las medidas que debemos tomar, y entretanto, concentrad vuestros esfuerzos (se dirigía al mariscal) en la organización del ejército mejicano, á fin de que podamos evacuar el país en un tiempo dado. Creo que los americanos, á pesar de su jactancia, no querrán entrar en lucha con nosotros; pero haciendo á un lado este peligro, se trata de saber el estado en que dejaremos á Méjico cuando salgamos. Es necesario que el emperador Maximiliano comprenda que no podemos permanecer indefinidamente en Méjico, y que en vez de construir teatros y palacios, debe dedicarse á organizar la hacienda pública y á dar seguridad en los caminos. Conviene hacerle saber que es más fácil abandonar un Gobierno cuya incuria no le ha permitido proveer á los medios de subsistencia, que sostenerle á su pesar.» Napoleón hablaba de incapacidad: el mariscal Randon, de ingratitud. Un día después de la carta de Napoleón, escribía por su parte: «Esta disposición del Gobierno mejicano es peligrosa y no puede menos de desilusionar más y más al país de los sacrificios incesantes que hacemos por sostener una causa destinada á perder toda apariencia de nacionalidad aun aleatoria, y entonces, ¿quién podrá declarar que estamos obligados á prolongar la permanencia de nuestras tropas en ese país lejano?»

¶ Si en vez de ansiar la salida de los franceses, Mr. Seward hubiera solicitado la permanencia de las tropas expedicionarias en Méjico, Napoleón habría hecho exactamente lo mismo que hizo, puesto que había penetrado profundamente en su ánimo el sentimiento del error cometido y de la necesidad que tenía de repararlo, cortando los malos efectos de una situación deplorable. Así lo expresaba en su carta del 15 de enero, cinco días posterior á la del general Schofield en que éste daba seguridades de la próxima retirada de los franceses. «Las dificul-

tades que me suscita sin cesar la expedición mejicana, decía Napoleón, me obligan á fijar definitivamente la época del llamamiento de mis tropas. El tiempo más largo que puedo conceder para la repatriación del cuerpo de ejército, en la inteligencia de que dicha repatriación deberá hacerse sucesivamente, es el principio del año entrante. Os envío al barón Saillard para que se entienda con vos y con el emperador Maximiliano sobre la ejecución de esta medida. Quisiera que la evacuación de Méjico no comprometiese el poder del Emperador. Consultad los medios para organizar sólidamente la legión extranjera del ejército mejicano. Es necesario que el Emperador muestre una gran energía y encuentre en su país recursos bastantes para subvenir á sus gastos».

¶ Las causas de irritación contra Maximiliano eran patentes y justas; pero una discusión serena de las que habían originado el fracaso de la expedición estaba entonces fuera de toda posibilidad. Entre asociados que riñen por el mal éxito de una empresa, no se metodiza el debate. Se lanza el reproche con todo el veneno de la cólera. Sólo más tarde, cuando es necesario acudir á las pruebas y satisfacer á un árbitro que esté sobre las pasiones de los litigantes, pueden fijarse las responsabilidades. En el caso de la expedición mejicana, el emperador Napoleón puso todos los cargos en la cuenta de Maximiliano. Estaba convencido de que éste nada había hecho para cimentar su gobierno, y no pensó si las faltas de Maximiliano, por grandes que fuesen, si los defectos de su carácter, aun incapacitándolo completamente como lo incapacitaban para gobernar, no podían descartarse y dejar en pie un hecho superior á todas las contingencias, que viciaba de muerte su proyectado trono; no pensó que podía ser, como era efectivamente, quimérica su creación política, porque el edificio se trazó sin conocer el subsuelo en que iba á cimentarse. Al sentir Napoleón que, como dice Swinburne, se cortaba las manos en las aristas afiladas de su teoría, no se volvió, ni era humano que se volviera contra sí mismo, sino que buscó y encontró la víctima que cargara con las propias y las ajenas culpas.

¶ A fines de noviembre de 1865, comenzaron á llegar noticias desalentadoras de Méjico, que se resumían así: No hay hacienda ni ejército; la opinión, llena de recelos, duda que el Imperio pueda sostenerse y los adictos van retirándose á toda prisa. Es más: apenas deja de proteger un punto el ejército francés, los elementos organizados por sus jefes pasan á la República. Todavía más aún: las bandas juaristas son ya ejércitos. Éstos eran informes auténticos. Y cuando tales informes llegaban, se recibió una solicitud para que se revisara el tratado de Miramar. Esto era inadmisibile, contrario á la prudencia más elemental. No se necesitaba ser GRAN TALENTO Y POLÍTICO EMINENTE para rechazar la pretensión de Maximiliano. Al contrario, muy poco talento y muy poco sentido político bastaban para dar por terminada la expedición, liquidando el Imperio. Pero Napoleón se obstinó en hacer vividera su obra, y después de convencido de la necesidad que tenía de llamar á sus tropas, formó un plan más quimérico que los anteriores para que, al retirarse el último destacamento francés en el otoño de 1867, dejase á Maximiliano con un gobierno fuerte y definitivamente cimentado.

¶ Es tanto más extraña esta resolución cuanto que el Emperador tenía el convencimiento, como se ha visto, de que Maximiliano había frustrado los esfuerzos del mariscal con su inercia y sus locuras, con sus expediciones de herborizador á Cuernavaca y con sus proyectos edilicios. ¿Cómo podía creer que un carácter se modificase, transmutándose en oro el plomo vil? Pero en lo que revelaba estar bajo cero como político, era en la suposición de que fuese posible la organización hacendaria del Imperio sobre la base de aire que le fijaba el convenio de Miramar. En éste, y no en las torpezas de Maximiliano, estaba el profundo secreto del fracaso.

¶ Napoleón se obligaba á sostener el imperio de Maximiliano con una fuerza que iría disminuyendo hasta ser de 20,000 hombres en 1867, incluyendo la legión extranjera, porque se suponía que el nuevo soberano aumentaría su ejército á medida que fueran retirándose las tropas francesas. Ahora bien, esto no se hacía, y al recibir Napoleón la súplica de que se revisase la convención, se le avisaba por el cuartel general que Maximiliano se había mostrado incapaz de formar el ejército que tenía la obligación de organizar. Ésta era la verdad. Los proyectos se habían sucedido, fracasando uno tras otro. Maximiliano, por sentimientos de artista, odiaba al indígena cuando lo veía en las filas: no podía comprender que fuesen soldados esos infelices, descalzos, desnudos, que marchaban agobiados bajo el peso del fusil como bajo un yugo. Todo lo esperaba del elemento caucásico, y éste era insuficiente. Cuando en la primavera de 1865 Bazaine estableció dos grandes mandos, uno con su cabecera en San Luis encomendado á Douay, y el otro con su cabecera en Durango puesto bajo la dirección de Castagny, se vió que los indígenas Mejía y Méndez, con sus tropas de cacoquimios, eran elementos indispensables y preciosos para que las elegantes columnas francesas no tuvieran que ser simples testigos de un gran movimiento de reorganización de las fuerzas republicanas en torno de la zona que ocupaban los europeos. Las tropas mejicanas, que fueron no sólo útiles, sino indispensables para Maximiliano, como hemos dicho, merecieron de su parte muy poca solicitud. El plan teórico que formó y que dió como resultado el desastre en que desapareció su ejército, según lo calificaban los mismos oficiales franceses, constituye una de las faltas más graves de su gobierno; pero hay que ver si en el supuesto de que Bazaine hubiera sugerido, como podía haberlo hecho con buen éxito, un plan de organización militar acomodado á las condiciones del país, se habría podido llevar á término con los recursos de las cajas imperiales. Porque en esto no cabe engaño: el ejército de mejor estructura tenía que ser el de enganche voluntario. Desechado este medio, no quedaba sino el de la leva, siendo, como lo reconoció Maximiliano, absolutamente impracticable la conscripción. Ahora bien, sin dinero, los voluntarios desertarían y los forzados correrían como organización el azar de los combates, con todas las probabilidades de ser aprovechados por el enemigo en cada encuentro que le fuera favorable. Todo dependía, pues, del dinero, y el dinero no existía para formar un ejército imperial. Napoleón previó todo, menos los gastos de instalación que era necesario imponder para cimentar algo duradero. Maximiliano se embarcó sin pensar en los

recursos con que contaría; Napoleón, autor de la idea, estadista, director de la empresa, tampoco pensó en ello. Merece, pues, los mismos reproches, agravados por haber tenido el voto decisivo. Arbitró para Maximiliano los fondos de dos empréstitos que gravaron á la hacienda imperial mejicana en más de cien millones de pesos y que no le produjeron una cantidad apreciable, pues todo se fué en gastos de los mismos empréstitos, abonos á los acreedores ingleses, pago al Tesoro francés por sus erogaciones de campaña, depósito para el fondo de reclamaciones injustas, y deudas personales de Maximiliano. A este gravamen debe agregarse el resto de lo que se reconoció á Francia por gastos en la expedición, y resulta que Méjico reportaba una deuda procedente de la Intervención que ascendía á 190.000.000 de pesos. Si esta cifra se hubiera traducido en un ingreso efectivo á la Tesorería imperial siquiera de cincuenta millones de pesos, podría haberse exigido de Maximiliano algo más que venir á pasar una temporada de recreo mientras cuajaba algún ofrecimiento de corona en país que no fuera de conquista. Pero Napoleón, en vez de darle recursos á Maximiliano, le ató una bala en los pies para que se hundiera. No eran otra cosa las obligaciones impuestas á su Gobierno.

¶ Los presupuestos del Imperio son enormes comparados con los de la República, anteriores y posteriores á la Intervención: el que formó Campillo ascendía á treinta y nueve millones de pesos; el de D. Francisco de P. César, á cuarenta y ocho millones. Después, bajo la influencia de las homilias de Napoleón, se formó un presupuesto moderado, el del 6 de abril de 1866. Llegando en la economía hasta lo inverosímil, como se llegó, había un renglón que no admitía rebaja: el de la deuda exterior contratada bajo la tutela de Napoleón y su ministro Fould. El empréstito de 1864 alcanzaba la cifra de cincuenta y siete millones setecientos mil pesos: su interés anual importaba tres millones y medio, todo en números redondos. El empréstito de 1865 se elevaba á cuarenta y seis millones: su interés anual á tres millones y medio. La expedición costaba, hasta la llegada de Maximiliano, cincuenta y cuatro millones, cantidad pagada en parte con el producto del primer empréstito. El resto, que permanecía insoluto, importaba un gravamen anual de cuatro millones seiscientos mil pesos. Calculando un ingreso normal efectivo de cerca de veinte millones como en 1865, que fué el año de la abundancia fiscal, se iba en gastos muertos más de la mitad de las rentas, sin contar con el servicio de la deuda inglesa que importaba dos millones doscientos mil pesos, y el de las convenciones que importaba un millón. Faltaban recursos aun para vivir sin pelear: peleando para vivir, el Imperio sólo podía aspirar á una agonía más ó menos larga. Napoleón creó, pues, condiciones imposibles de vida para el Imperio que había fundado bajo la creencia de que las rentas normales no serían menores de cuarenta millones de pesos, y bien administradas, de cincuenta millones.

¶ El Imperio de Maximiliano tuvo por todo ingreso extraordinario procedente de los empréstitos, treinta y seis millones de pesos, que, compensados con lo que los franceses tomaban ó intervenían, se redujeron á polvo. El Gobierno imperial nunca dispuso de más de veinte millones anuales, con lo que no era posi-